

Educación para un tiempo de crisis. La dimensión ética de la profesión docente

Andrés JIMÉNEZ ABAD

INTRODUCCIÓN: SABER A DÓNDE TENEMOS QUE IR

La primera consideración que deseo hacer al referirme a la dimensión ética de la educación es que esta no puede existir si no se ha esclarecido previamente cuál es su horizonte o, dicho de otro modo, qué tipo de persona, qué modelo de humanidad tenemos ante nosotros al considerar lo que significa educar a un ser humano. Como decía el filósofo hispano-latino Séneca, «si el marino no sabe dónde está el norte, todos los vientos le son adversos». Esta es la primera gran cuestión que es preciso esclarecer, y más aún en nuestro tiempo, aquejado de una fuerte crisis de sentido. Así pues, me parece necesario dedicar una primera reflexión al horizonte antropológico de nuestros días, con el fin de establecer cuál ha de ser el *ethos*¹ —es decir, la raíz, el vigor, la orientación y el contenido— de una educación a la medida del ser humano. Y lo primero que tengo que decir es que este *ethos* no puede ser el de la mentalidad o cultura dominante, lo que sitúa directa y abruptamente al educador cristiano —en su misma cotidianidad— en una *tierra de misión*.

1. EL ETHOS PRAGMÁTICO

Se atribuye a Albert Einstein la afirmación de que *la nuestra* —y lo decía hace ya más de cincuenta años— *es una época de medios perfectos y de metas confusas*. Se ha extendido efectivamente en los últimos tiempos, por encima de escuelas o sistemas filosóficos y económicos, la convicción de que el hombre «au-

¹ Entendemos el *ethos* en el sentido clásico, como la fuente de la que brotan los actos humanos.

téntico», varón o mujer, es el que triunfa en la vida. Y ello significa estrictamente: el que llega a ser autosuficiente, el que se desata de vínculos y dependencias forjando su propia seguridad e imponiendo sus deseos, el que no se debe a nadie más que a sí mismo y sólo es para sí mismo (o para sí misma).

En el ámbito individual eso significa autosatisfacción y bienestar, y en el colectivo (si es un grupo o una colectividad quien se erige en sujeto) pone control, dominio y eficacia. Y el camino para lograr tal grado de autoafirmación no es otro que *el propio hacer*. Vendría a ser una de las caracterizaciones del llamado humanismo prometeico, el ideal del ser humano que se constituye en único ser supremo para sí mismo. Aquel que se hace a sí mismo, que no desea ser más que *de sí y para sí*.

Esta mentalidad hoy dominante se levanta sobre un viejo desprecio del saber teóricico en pro de la mentalidad productiva, hizo eclosión de modo particular durante la Ilustración, en el siglo XVIII, momento en el que la razón humana fue proclamada mayor de edad, y cuenta hoy con cauces muy precisos: la economía, la política, la ciencia, la técnica, la información de masas..., o, si se quiere, el economismo, la estatificación y el pensamiento único, la tecnocracia, el consumismo...

Es producto de un implacable proceso de secularización, que podemos denominar también de «ideologización de la cultura». Las *ideologías* son sistemas de ideas que ofrecen una interpretación del mundo y del ser humano que sirven como instrumento para la instauración de una *voluntad de dominio*. Se trata de modos de entender el mundo articulados desde una *voluntad de poder* y no desde una *apertura a la verdad*, lo que las convierte en meras condiciones de eficacia al servicio de la voluntad dominadora que las ha configurado. No tienen nada que ver con la adecuación a lo que las cosas son. Son eficaces, más aún, eficientes, y basta. Si logran imponerse, cuentan, y eso es todo. ¿Qué importa que una afirmación sea falsa o inmoral? El caso es que «hemos logrado que funcione» y ha sido admitida por la opinión general.

Para ello se cuenta, además, con poderosas herramientas de manipulación del lenguaje y de instrumentos para crear y difundir opinión. Es el criterio de la *praxis*, entendida como producción de objetos y resultados externos y mensurables; el nudo *pragmatismo*.

Pues bien, el pragmatismo es, sin lugar a dudas, el *ethos* dominante en la actualidad, es decir, el conjunto de valores y de claves intelectuales que configura la

ideologización de la cultura hoy generalizada y el telón de fondo de corrientes filosóficas, pedagógicas, políticas y económicas hoy influyentes. Es, en el fondo, la visión del ser humano que se hace a sí mismo con sus logros y que conquista de este modo su *autosuficiencia*.

La *lógica del pragmatismo* da prioridad a la *eficacia* y la *eficiencia* sobre la verdad, tanto en el plano del conocimiento como en el plano moral. El éxito es el valor supremo. Desentendiéndose de lo que son las cosas en sí mismas y de cuál sea su valor intrínseco, sólo reconoce validez a lo que se ajusta eficientemente a los propios deseos. Y así, la belleza es sustituida por la *apariencia*, la verdad por la *opinión mayoritaria*, la bondad por el *interés*. *No hay más realidad que «los hechos», sólo cuenta lo que se ha logrado.*

Por otra parte, el poder seductor de una retórica que busca persuadir a gran escala apelando a resortes emocionales, a la fascinación cautivadora de las nuevas tecnologías y al poder de la iconografía audiovisual se pone al servicio de los intereses en pugna, eludiendo la reflexión acerca de la verdad y planteándose sólo el cálculo de riesgos y de oportunidades para hacer efectiva la autoimposición, la satisfacción de los deseos y el logro de los objetivos propuestos.

Este *pragmatismo del éxito* sólo aborrece dos cosas: la dependencia y la culpa; dicho de otro modo, no desea ni un padre ni un redentor. En este universo *light* no se admiten convicciones ni dogmas, sólo se aceptan *posturas*. No hay fines últimos que respondan a la naturaleza humana; sólo hay estrategias. *Es el imperio de los medios, el triunfo de la razón instrumental.*

2. EL SENTIDO DE LA VIDA: EL HUMANISMO NIHILISTA

En este contexto podemos afirmar que se asiste a la confrontación de *dos tipos de humanismo: un humanismo inmanente y nihilista, y un humanismo trascendente, abierto al ser* y orientado a la dignidad de las personas². El horizonte educativo viene marcado por el concepto que se tiene de ser humano, por lo que resulta pertinente analizar estos dos modelos o concepciones de lo humano.

² Lo esencial de este epígrafe y del siguiente reasume algunos puntos de mi trabajo «La amenaza del sofista y el ethos pragmático», Mar Oceana, n.º 6, 2000, pp. 81-100.

El *nihilismo* es fruto de una mentalidad —no constituye propiamente un sistema o escuela— que pretende la autosuficiencia del hombre o la mujer por medio de su *hacer* (gozar, poder, producir, comprar, tener...). No reconoce la existencia de ningún valor objetivo, ya que nada tiene valor en sí mismo ni existe otra fuente de valor más que la propia voluntad humana. La vida se justifica en la medida en que sirve a los propósitos de esa voluntad. Nada ni nadie espera más allá de la muerte, o al menos esto no es asunto de interés en el presente, porque *sólo el presente* es lo que importa. Vuelve al candelero el *Carpe diem* horaciano: triunfa, aprovecha el instante fugaz y sácale el mayor partido según tu deseo. No tiene mucho sentido, según esta nueva sensibilidad, asumir compromisos que puedan vincular a largo plazo.

Se trata, en suma, de una *cultura de la inmanencia* que, a través de diversas corrientes, nivela la realidad a la medida de una voluntad dominadora: sólo existen dos tipos de cosas, lo útil y lo inútil, y todo en la realidad se reduce a: «¿Me puedo aprovechar de ello o no?». Lo bueno, en una sociedad mercantilizada, es aquello por lo que la gente está dispuesta a pagar dinero. En este marco, el sentido de la vida consiste —como ya sugería al principio de mi exposición— en *el éxito* dominador de una voluntad autosuficiente.

Y se abren aquí tres posibilidades, una de ellas «debilitada»:

- a) El *activismo*. La clave, el fin de la vida, es el *poder*, el dominio —el poder es el *tener* propio de la razón—. El éxito estriba en trabajar mucho, en producir, en triunfar en el dominio de las cosas y de los hombres, de los negocios y de los recursos naturales. Aquí y ahora, del modo más eficiente y rentable. Averiguar cómo funcionan las cosas y aprovecharse de su funcionamiento, al máximo y a cualquier precio. Convencer, seducir, manejar eficazmente las apariencias para triunfar... La libertad a la que se aspira se traduce en *poder adquisitivo*.
- b) El *hedonismo*. Se apoya en el *placer*, que constituye la meta o el fin último de la vida humana, la única forma de felicidad que cabe —el placer sería el *tener* propio de los sentidos—. El hombre ha de vivir para disfrutar del mayor placer posible. Se valoran las cosas por el agrado inmediato que producen. Disfrutar *a tope*, eludir el sufrimiento y el dolor en todas sus formas. La felicidad posible no sería otra cosa aquí que el *bienestar*. Le acompaña una forma reduccionista de entender la *calidad de vida* como bienestar económico y afectivo y, en última instancia, como poder adquisitivo, también, en clave consumista (poder adquirir todo aquello que me ofrezca bienestar).

Ambas posturas, además de ser fácilmente compatibles, tienen como propósito común la *satisfacción inmediata del deseo de poseer*. No se trata de tener grandes metas e ideales, sino de disponer, *hic et nunc*, de lo apetecido. Aquí y ahora mismo.

Pero también tienen ambas en común su principal limitación: *dejan sin explicación el fracaso y el dolor y, en última instancia, la síntesis definitiva de ambos, que es la muerte*. Sólo los rehúyen, pero no pueden encontrarles sentido cuando llegan, porque suponen la estricta negación de sus claves. Y, sin embargo, son inevitables ingredientes de la vida, a la vez que ofrecen un mentís rotundo a estas pretensiones.

Sólo queda al inmanentismo una «salida» ante la precariedad del éxito que sucumbe frente al dolor, la enfermedad, el fracaso o la muerte inevitables. Y es buscar por otro lado: la huida estricta, la evasión a ultranza.

- c) El *evasionismo*. Se trata de rehuir toda confrontación con el peligro de sucumbir, con la responsabilidad, los compromisos, los proyectos, aquellos grandes deseos que encierran grandes pesares y la posible frustración en sus entrañas. *Pasar de casi todo*; buscar paraísos de ficción en los que refugiarse: consumismo a ultranza, juego, droga, alcohol, diversión continua..., en último extremo, incluso, el suicidio tomado como liberación del malestar, o como un supuesto derecho a disponer de uno mismo de forma absoluta. Y, en el fondo, no querer pensar, no saber querer, no poder amar.

El pragmatismo se traduce en un estilo de vida marcado por la primacía del *negocio*, de la actividad productiva como expresión del *tener*, del *poder* y del *placer*³. En él se vive para trabajar y para disfrutar, *el tiempo es oro* y no se puede perder en algo inútil; ha de invertirse de forma rentable. No se permite regalar el tiempo. El tiempo es para ganarlo. Y ganar tiempo es hacer buenos negocios, producir más, tener más cosas, vivir deprisa. Se trabaja para trabajar aún más. Pero no sólo el trabajo pierde sentido, también lo pierde el ocio. La forma de celebrar las fiestas con frecuencia lo muestra; para muchos las fiestas

³ Es muy significativo, por lo demás, que el término *negocio* (*nec-otium*) sea un término negativo; la cultura clásica, la que halla en Sócrates su primera luz filosófica, puso en primer lugar como realidad positiva el ocio, es decir, la contemplación libre y magnánima, no sujeta al interés inmediato. El ocio es tiempo de aprender y de celebrar; es la afirmativa actitud del ser humano que se abre a la contemplación, es «como el silencio en la conversación de los que se aman», en expresión de Josef Pieper.

se han convertido en el intento frenético de escapar a la rutina sin sentido de cada día. Se multiplican a veces las «fiestas» en las que no se celebra nada, o se celebra cualquier cosa, que es lo mismo. Véanse, por ejemplo, los miles de carteles que anuncian fiestas con el propósito esencial de recaudar fondos económicos; es decir, fiestas que se han convertido en *negocio* (*nec-otium*), en *no-fiesta*, literalmente.

La mentalidad pragmática —la cultura del éxito y la autosatisfacción— conduce al *nhilismo*, al sinsentido radical. Su mirada es febril, vertiginosa, pero superficial e incapaz de ofrecer fundamento a la vida y a las acciones. Es correr muy deprisa hacia ninguna parte, viajar en un lujoso tren de alta velocidad cuyo destino se desconoce. Viktor E. Frankl escribió que «se tiene a menudo la impresión de que los seres humanos, sin saber dar a su vida una meta, corren y se afanan con velocidad cada vez más acelerada, precisamente para no caer en la cuenta de que no van hacia ningún sitio»⁴. Los medios vienen a ocupar el lugar de los fines —recuerdan el diagnóstico de Einstein con el que empecé esta disertación.

El pragmatismo repudia otros ideales distintos de la propia eficiencia, y por eso cae en el vértigo de un mundo sin valores sustanciales, en el que se han borrado las fronteras entre el bien y el mal, entre lo digno y lo indigno, entre la necesidad legítima y el deseo de poder. Es —por decirlo estéticamente— la «insoponible levedad del ser» (Kundera), una intrascendencia insoponible. Un conocido lema, atribuido a ese rebelde sin causa que fue James Dean, lo proclama con desparpajo escalofriante: «Vive deprisa, muere joven, y tendrás un bonito cadáver».

Nótese de paso cómo se reproduce además, en el seno de esta mentalidad inmanentista, el *esquema vital básico de los animales: agresividad, apetito y huida*. Un mundo semejante es un lugar difícilmente habitable, inhóspito y amenazador para el ser humano, ciertamente una forma asfixiante de vivir.

No ha sido necesario esperar a los sueños de la razón que hoy produce la ingeniería genética, movida por una desatada voluntad de poder. Theodor Adorno, por ejemplo, uno de los principales representantes de la Escuela de Frankfurt, no dudó en escribir que «toda la cultura después de Auschwitz, incluida la crítica urgente a ella, es una basura»⁵. A sus ojos, los campos de exterminio

⁴ FRANKL, V. E., *Psicoanálisis y existencialismo*, México, 1978, p. 181.

⁵ ADORNO, Th. W., *Dialéctica negativa*, Madrid, 1975, p. 31.

creados por el Occidente civilizado con la intención consciente y sistemática de aniquilar en los hombres la conciencia misma de ser humanos, demostraron la posibilidad de reducir al hombre a un no hombre, a una cosa manipulable. Ya no sería posible establecer un límite objetivo entre lo humano y lo inhumano, por tratarse de una mera cuestión de palabras. En consecuencia, concluía Adorno, «Auschwitz ha demostrado irrefutablemente la ruina de la cultura». A sus ojos, todas las construcciones pretendidamente racionales que intentaban explicar y controlar el mundo han resultado decepcionantes.

De ahí también el pesimismo posmoderno, y su mirada hacia una vida *light* sin «grandes relatos» ni síntesis asumibles, como un modo de supervivencia, ciertamente sin esperanza, como un humanismo indoloro y presentista.

No es dudable que el desarrollo de las ciencias y el dominio de la naturaleza han reportado grandes beneficios a muchos seres humanos, pero los posmodernos —y no sólo ellos, ciertamente— piensan que de poco sirven si ello ha sido al precio de las bombas nucleares, de los campos de concentración y de exterminio, de los millones de muertos en guerras y depuraciones, del hambre y la miseria de miles de millones de seres humanos, del tedio, la soledad y la falta de sentido en las sociedades opulentas. ¿Pueden justificar el avance de la civilización, el llamado progreso de las libertades y el crecimiento económico global el sacrificio o el sufrimiento de *un solo* ser humano inocente? Porque si la respuesta es «sí», entonces también está justificado el sufrimiento y la muerte de *todos* los seres humanos inocentes, si ello resulta de algún modo rentable para el «progreso». *Juzgar si la vida merece o no la pena de ser vivida*, venía a decir Albert Camus, *es responder a la cuestión fundamental de la filosofía y de la cultura. Lo demás —si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías— viene después*. Lo demás es un juego banal. Antes hay que responder a la gran cuestión, a la cuestión acerca del sentido de la vida humana. Más aún, de la vida de *cada* ser humano.

3. UN HUMANISMO ABIERTO AL SER Y A LA DIGNIDAD DE LA PERSONA

Pero cabe otra forma de humanismo, *un humanismo abierto al ser y a la dignidad de la persona*. Es posible otra mirada. Frente al pragmatismo nihilista, centrado en la inmediatez, cabe una consideración muy diferente, abierta a los problemas últimos. Estos «son en realidad los primeros a los que el hombre

tiene que prestar su atención, porque sin un esclarecimiento de ellos su vida no se tiene firme en el mundo y no se sostiene su esperanza»⁶. Estamos ante la constatación de que las cosas están ahí, y de que *no ocurren sin más*, como le gustaba decir a Xavier Zubiri.

Ante una mirada pragmática, las cosas son instrumentos útiles o inútiles, y nada más. Pero ante una *mirada admirativa* la realidad se muestra más bien como *un regalo*, como un don espléndido que no viene justificado por la voluntad dominadora del ser humano, sino como algo previo y desbordante que, además, nos sustenta y fundamenta en el ser. Ningún sujeto humano se ha dado a sí mismo la existencia ni puede arrogarse la justificación de la realidad que le circunda y que le sostiene.

Una mirada abierta y profunda al mundo, frente a la mentalidad pragmática de hoy y de siempre, ha de apoyarse sobre *la convicción de que la auténtica riqueza del hombre y la mujer* no consiste en satisfacer las necesidades materiales ni en llegar a ser dueño y poseedor de la naturaleza, sino en plasmar de manera única e irrepetible la sobreabundancia del *don creador* en el que se asienta su existencia.

Cada persona es siempre más valiosa que todas las cosas. La verdad, la legitimidad y la bondad no se reducen a la eficacia ni pueden ser sustituidas por ella, y ningún fin justifica el empleo de medios inicuos.

Porque, entre otras cosas, el interés principal del hombre y la mujer no es encontrar el placer o evitar el dolor, como en el hedonismo, ni disponer de medios perfectos que dudosamente sirven a metas confusas, como en el activismo. Menos aún, el huir constantemente de sí mismo. *El deseo radical de todo ser humano —hombre y mujer— es encontrar un sentido a su vida*, un sentido auténtico y no fingido o equivocado, en virtud del cual está dispuesto o dispuesta incluso a sufrir, a condición de que ese sufrimiento, o el fracaso, participen de ese sentido. Como ha recordado precisamente un internado de Auschwitz, el psiquiatra Viktor Frankl, la antítesis de la felicidad no es el sufrimiento, sino *el vacío*⁷.

⁶ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *El poder y la conciencia*, Madrid, 1985, p. 306.

⁷ Cfr. FRANKL, V. E., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder.

Para esclarecer el sentido de la vida humana se hace preciso abrir nuestra mirada a la riqueza del ser en toda su magnitud, sin eludir como decisivo el *ser personal* del hombre, que es *alguien* y no *algo*. Una persona es un ser originario, fuente de novedades, que no se agota en lo que hace ni en la mera reacción a los estímulos de su entorno con vistas a la mera supervivencia y a la continuidad de su especie. Puede aportar novedades porque *es siempre más que lo que hace*, es un ser dotado de intimidad que *puede* darse a sí mismo en lo que hace y decidir la orientación de su vida. Una persona es —como decía G. K. Chesterton— un ser que *es más grande por dentro que por fuera*.

Su apertura constitutiva a la realidad, la singularidad con la que se reconoce a sí mismo, su vocación de plenitud en el ser, ponen de manifiesto que el ser humano puede disponer de sí mismo y, por consiguiente, que es responsable de su vida. No es un ser meramente reactivo en su vivir, sino que puede disponer de sí mismo por propia iniciativa, incluso hasta su propia *autodonación*. Y que al darse no se pierde o aliena, sino que se realiza profundamente, se enriquece en su ser. La persona puede darse sin perderse. Pensemos en ello con un poco más de detenimiento. Hay muchas cosas que cuando las damos, las perdemos. Es el caso de las realidades materiales. Si le doy un sombrero a un amigo, me quedo sin él. Si doy algo de dinero, lo pierdo. Pero es el caso que hay otras «cosas» que no se pierden cuando se dan. Al contrario, al darlas, crecen en nosotros y nos hacen crecer a nosotros mismos, nos enriquecen, pero ya no materialmente. Un caso claro es la amistad. Cuanta más amistad brindo a alguien, más crece mi capacidad de amar, más grande y valiosa es mi amistad.

Y si esto es así, si el ser humano crece como tal por medio de su capacidad de autodonación —y esto es lo que llamamos la virtud—, el sentido de la vida no puede ser el éxito a ultranza, sino el ideal de la comunión personal mediante la donación de sí mismo. Dicho de otro modo, el verdadero *ethos* desde el que puede elevarse la vida humana no es otro que *el amor*, la gratuidad como forma de vivir que *convierte en don* lo que se vive, tanto las tareas y acontecimientos más relevantes como los más cotidianos y pequeños en apariencia, e incluso aquellos como el fracaso, el dolor o la muerte, cuya presencia pone a prueba la orientación y la toma de postura personal ante la propia vida. Ante ellos quedan desmentidos el activismo y el hedonismo, pero no el amor que es más fuerte que el dolor y que la muerte.

Todos esos acontecimientos y trabajos pueden adquirir pleno sentido, sin perder nada de su dramaticidad, si la persona llega a convertirlos en don, *creando*

lazos de fidelidad con los seres a los que los ofrece⁸. Hacer del sufrimiento un don por medio del amor —se puede *sufrir* y hasta *morir* por amor a alguien, se puede *dar la vida* por amor— es convertirlo en sacrificio, sacrificarse por quien amamos. El tiempo, el trabajo, el cultivo de sí mismo y todo cuanto el hombre puede convertir en don queda redimido de la irrelevancia, transformado en ocasión de bien. El tiempo, que para el pragmatismo era «oro», una inversión interesada, se convierte en algo lleno de intensidad humana y de trascendencia: el tiempo es *vida*, y esa vida se enriquece dándola. Dedicar tiempo a alguien, gratuitamente, es ahora darle algo de nuestra vida, darnos a nosotros mismos durante ese tiempo, sacando a ese alguien —y a nosotros mismos— del anonimato y de la indiferencia. El mundo circundante y la propia vida se convierten así en ámbitos de encuentro —trabajo, ocio, enfermedad, celebración, amistad...— en los que todo se «polariza» y adquiere un valor moral profundo en virtud del don de nosotros mismos. El amor puede dar sentido a todas las cosas y nos vincula con ellas: «El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante... Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...» (Saint-Exupéry, A., *El principito*).

El amor profundo consiste en dar lo mejor de uno mismo, en darse y ofrecerse a la comunión, a la vida compartida, buscando el bien de aquellos a quienes se ama; es la *plenitud de la libertad*. Nadie es más libre y dueño de sí mismo que quien, por poseerse de un modo profundo, es capaz de hacer de su vida un don, y de hecho lo hace. Amar profundamente a una persona es querer el bien para ella, el mayor bien posible; es poner la propia vida a disposición del ser amado. «El amor —escribe Tagore— es una riqueza que beneficia a quien lo da, y esta generosidad puede permitírsela el último de los pobres».

El corazón humano ha sido creado según la medida del amor. La exaltación del hombre en función de su ansia de poder sin límite, de su afán de autosuficiencia, conduce a la desolación. «Allí donde el hombre es él mismo, allí donde permanece fiel a su vocación, se eleva infinitamente por encima de sí; allí donde reniega deliberadamente de su misión, cae infinitamente por debajo», escribió Gabriel Marcel⁹.

⁸ Urge repensar la noción de «prójimo», el redescubrimiento de la vinculación concreta al ser humano con el que se establecen formas de interdependencia y relación. Cfr. RICOEUR, P., *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro, 1994.

⁹ MARCEL, G., *Homo viator*, París, 1944, p. 120.

La vida humana —toda vida humana— reclama esencialmente un sentido, una trascendencia: porque si todo estriba en sobrevivir holgadamente y se acaba con la muerte, entonces, en rigor, sobrevivimos «para nada». Todo resulta insignificante, intrascendente, absurdo. Pero en cada ser humano hay una vocación de realidad, una tendencia constitutiva a desplegar las capacidades de su naturaleza, que exigen ser actualizadas y vigorizadas de forma creativa y acorde con el digno modo de ser de la persona. Esa vocación de realidad se pone paradigmáticamente de manifiesto en la experiencia amorosa, que el mismo Gabriel Marcel expresa con la afirmación: «Tú, mi amado, mi amada, no morirás».

¿Cómo superar la visión de que el ser humano es una cosa más entre las cosas? Una mirada pragmática, y por lo tanto superficial, seguramente tenderá a considerar que, según el punto de vista que se utilice, un ser humano, sobre todo si en él no concurren cualidades sobresalientes, puede ser tenido simplemente como «un millón de hombres partido por un millón» (A. Koestler). Sería un caso más entre muchos de la especie humana, un trabajador más o menos eficiente, más o menos capaz de desarrollar determinadas facultades o de desempeñar ciertas tareas. En algunos casos, ni eso: un ser anónimo de entre las masas de infelices que ni siquiera han desarrollado una mediana normalidad intelectual, o que en el mundo mueren de hambre, o víctimas de enfermedades epidémicas, o que viven solos e ignorados hasta por sus vecinos y familiares.

Uno de los rasgos esenciales de la educación, y en cierto modo su piedra de toque, es que, más allá de los números, de las cifras y las cantidades, lo que le importa es el valor inmediato, tangible, de las personas concretas. En la relación educativa auténtica *cada persona es importante*. La educación sólo admite un principio: «Quien ayuda a ser a una sola persona ayuda al mundo entero». A otros toca hacer previsiones a largo plazo y consideraciones a gran escala. Al educador le importan las personas que conoce y a las que se dedica. En la magnífica película de Steven Spielberg *La lista de Schindler*, (1993), junto a otros momentos impactantes, conmueve poderosamente la escena en la que el protagonista, al que hemos conocido al principio como un frío hombre de negocios, vanidoso, comodón y licencioso, tras un dramático proceso de transformación interior, prorrumpe en sollozos al comprender que la venta de la insignia nazi que lleva en su solapa le hubiera permitido salvar a una persona más, incluyéndola en su lista de empleados. Gran lección, la de advertir el valor innegociable de cada ser humano. Como se lee en el anillo que sus trabajadores judíos le regalan al partir, «quien salva una sola vida salva al mundo entero».

4. EDUCAR ES AYUDAR A MEJORAR EN HUMANIDAD

La naturaleza humana presenta una inicial indigencia, abierta no obstante a un desarrollo perfectivo que tiene lugar mediante el cultivo y fomento de sus capacidades. Una acción es educativa si hace crecer en humanidad al ser humano y le acerca a su plenitud, incrementando su capacidad de verdad, de bien y de belleza. Se trata de un proceso de maduración, de formación paulatina de la personalidad humana, de una segunda naturaleza que se adquiere y se construye libre y responsablemente desde el referente originario de la naturaleza constitutiva del ser humano.

Pero este desarrollo no es algo *añadido* a la naturaleza desde el exterior, sino un crecimiento cuyo protagonismo ha de ir asumiendo según su capacidad el propio sujeto humano que se educa. Por eso, *la acción educativa es sólo una ayuda* a alguien, encaminada a suscitar y fortalecer las posibilidades creativas de su libertad mediante la adquisición y el cultivo paulatino de hábitos virtuosos. El sujeto humano no debe ser sustituido en el proceso de su formación, puesto que esta acontece en el ámbito de su propia experiencia vital.

Puede afirmarse que la acción educativa consiste en suscitar la virtud, la orientación de la persona al bien. *Todas las virtudes*, fundadas en la unidad radical de la persona, *guardan entre sí una profunda relación mutua; todas crecen con el ejercicio de una y menguan con su abandono o desvío.*

En realidad, la virtud, que es la disposición estable de toda la persona para obrar el bien, es única, aunque se manifieste y especifique según las diferentes capacidades de nuestra naturaleza. Por eso, la labor educativa ha de tender a unificar, debe esforzarse por fomentar en la persona la unidad interior, aunque para ello se cultiven diferentes cualidades.

La *madurez humana*, que es la culminación de este proceso, supone así una cierta plenitud psicológico-moral, una elevación del ser en la persona (J. Pieper); es una disposición lograda para una vida fecunda, y su manifestación es el equilibrio y la armonía que resultan del dominio de sí mismo. Puede decirse por ello que *educar es ayudar a formar hombres y mujeres en los que se pueda confiar.*

Entendida como una ayuda dirigida intencionalmente a la formación y perfeccionamiento del ser humano, la educación es un arte, un saber hacer, de ín-

dole moral. Se trata de ayudar a crecer en libertad, en capacidad de autodeterminación y de orientación al bien. ¿Cómo es posible influir en la libertad del otro sin que esta se vea asfixiada, forzada y carente por ello de valor moral? Suscítandola. Y esto sólo le es dado al amor, a la confianza, a la comunicación de intimidades. No se puede educar, en rigor, si no se ama, si no se suscita en una relación de confianza recíproca el libre deseo y el logro del bien. Amar es querer el bien para alguien. Aunque para ello sea preciso exigir y exigirse. Así lo expresa bellamente Pedro Salinas en *La voz a ti debida*:

Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro de ti.
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.
Ese que no te viste y que yo veo
nadador de tu fondo, preciosísimo.
Y cogerlo y tenerlo yo en alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.
Y entonces tú, en su busca vendrías, a lo alto.
Para llegar a él,
subida sobre ti, como te quiero,
tocando ya tan sólo a tu pasado
con las puntas osadas de tus pies,
en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo
de ti a ti misma.
Y que a mi amor entonces le conteste
la nueva criatura que tú eras.

Uno de los aspectos esenciales del proceso educativo es la *paulatina integración de la persona*, a la vez receptiva y creativa, en *ámbitos de encuentro y de convivencia* que la enriquezcan, empezando por la familia en la que es llamada a la existencia. Para el ser humano, vivir es convivir y ser responsable de la vida. Las relaciones interpersonales son el verdadero escenario, más aún, el argumento y el motor de la existencia humana. El conocimiento de sí mismo como un yo significativo, irreductible a todo lo demás, aprende a adquirirlo el ser humano al experimentar que es conocido y valorado por otra persona como «alguien» único e irrepetible. Todo ser humano necesita el reconocimiento ajeno para la formación de la idea que tiene de sí mismo. La relación interpersonal es

un ámbito de encuentro donde la vida del hombre y la mujer adquieren perfil y rostro personal.

Cuando un ser humano se halla a la intemperie, en el sentido físico, pero *aún más en el sentido afectivo y personal*, tiende a buscar cobijo, abrigo, protección y seguridad. En este segundo sentido, esta indigencia encuentra su remedio en un ámbito de afecto personal donde se puede «estar» porque la amistad o la familiaridad, pongamos por caso, brindan un medio connatural destinado a mantener o avivar el calor de la propia identidad y conciencia de sí mismo, más necesario aún que el del cuerpo.

A través de la relación de intimidad y de acogida entre las personas brota el sentido, y el mundo se hace morada para el ser humano. Esto acontece de un modo privilegiado en el ámbito familiar, y también en la amistad. Las relaciones humanas vuelven el mundo un lugar habitable, configuran en él ámbitos que se convierten en morada humana. Y es que *la protección*, más que del espacio cubierto o acotado, *nace de la compañía*, de la creación de un ámbito de convivencia, de compartida intimidad. Por ello puede afirmarse que la educación es de algún modo una prolongación de la paternidad y la maternidad, y una cierta forma de amistad.

5. MAESTRO, EL QUE EDUCA CON SU VIDA

Valores y virtudes se educan en y desde la práctica, por medio del trabajo y la convivencia, pero más especialmente *por el trato frecuente y habitual* con personas que hacen brillar la virtud en su ser y en su obrar, es decir, *con maestros*. Las virtudes se dan vivas en la persona y con la singularidad que es propia de la persona. Es maestro, en el más noble y amplio sentido de la palabra, quien sabe transmitir y suscitar en otro esa calidad humana. El maestro no nace, se hace, pero se hace maestro en la lucha consigo mismo, para poner a disposición de otros *su mejor yo*, sabedor de que sólo podrá esperar de sus alumnos lo que diariamente se esfuerza en conquistar sobre sí mismo. Sus propias limitaciones personales, incluso, aceptadas con sencillez y paciencia, pueden ser un privilegiado argumento para acompañar y comprender a sus alumnos en sus dificultades y en sus reticencias.

Es importante señalar que no son los métodos los que hacen bueno al maestro, sino el maestro el que hace buenos los métodos. Más aún, puede decirse que

en el fondo el verdadero método es el maestro mismo, precisamente porque enseña lo que vive y vive lo que enseña.

Nuestros niños y nuestros jóvenes no serán mejores estudiantes, profesionales, padres de familia o «simplemente» personas por el mero hecho de que les hablemos en abstracto de los valores. La clarificación y el discernimiento, sin duda, son necesarios. Y la falta actual de referentes claros y profundos convierte ambas tareas en necesidades urgentes y básicas. Pero los elementos que soportan el basamento ético de una colectividad humana (su *ethos*) no pueden ser asimilados más que por relación interpersonal, por contacto, por roce convivencial con personas que sirven de referencia y enseñan a vivir con su mismo modo de vida.

Es preciso resaltar con fuerza el perfil y la labor del maestro o la maestra verdaderos. La educación moral, es decir, la más genuina educación en valores, se sustenta en *la autoridad moral de los maestros*; toma sus criterios de una adecuada *visión del ser humano y del sentido de la vida*, que se muestran a través del ser y del hacer del maestro, en quien se confía. En la práctica se traduce en proponer a los alumnos y en vivir uno mismo como referentes propios unos *ideales verdaderos y valiosos* que impulsen a la mejora constante, y en forjar la base conductual de *un carácter estructurado por virtudes humanas* que son fruto del autodomínio personal y de una disposición permanente a realizar el bien. El maestro es una persona dotada de *autoridad (auctoritas, capacidad de dar auge, de ayudar al crecimiento)* porque con su modo de vivir enseña a crecer en humanidad. Su autoridad emana en el fondo del prestigio y la confianza que nacen de una disposición de servicio cualificado, que se realiza por medio de su *saber* y de su *actitud*.

Esto hace que la docencia, por su notable componente vocacional y ético, no sea equiparable a otras profesiones. En su interna tensión por «sacar de sí mismo su mejor yo», para mejor ayudar, el maestro ha de aspirar permanentemente a una serie de metas personales:

1. En el orden del *saber*:

- a) *Saber a dónde hay que ir*: conocimiento fundado de la finalidad de su quehacer, lo que implica una visión profunda y verdadera del ser humano y de lo que le ayuda a mejorar y madurar.
- b) *Saber cómo es el alumno, o alumna, y a dónde puede llegar*. Lo que conlleva un acercamiento personal a su situación, actitudes, posibilidades y limitaciones.

- c) *Saber cómo y cuándo se puede y se debe intervenir.* Prudencia y tacto para aprovechar ocasiones propicias, para esperar el momento más oportuno y solventar las situaciones imprevistas.

2. En el orden de las *actitudes* cabe destacar:

- a) *Fe en el propio trabajo.* Sólo si se cree que el propio trabajo merece la pena, aunque no siempre se aprecien sus resultados, puede haber entusiasmo y motivación para contagiar deseos de mejora a los alumnos.

- b) *Compromiso educativo, entrega personal.* Educar no es un trabajo más, un simple modo de ganarse un sueldo. Es ayudar a ser a unas personas, transmitirles vida y llenarla de contenido.

Ello requiere una vinculación personal, ofrecer la propia experiencia de vida como referente.

- c) *Capacidad de silencio.* Reflexionar sobre el propio trabajo, su sentido y su desarrollo. Dedicar tiempo a pensar en cada uno de los alumnos.
- d) *Condescendencia o empatía.* Es la capacidad de ponerse sinceramente en el lugar del otro para ver las cosas como él o ella las ve, juzgándolas también desde su intención y situándose a su nivel para razonar, animar y corregir. Aceptarle como persona antes que por sus resultados.
- e) *Comunicabilidad.* Empezando por la capacidad de percibir, de escuchar sin juzgar ni excusarse. Mostrarse sincero, accesible y receptivo.
- f) *Capacidad de suscitar autonomía.* No se trata de dirigir al alumno para modelarlo a nuestra imagen y semejanza, sino de orientarle para que vaya bastándose a sí mismo paulatinamente, para que acepte la responsabilidad de sus actos y se determine a ejercitar su voluntad, a pensar y decidir por sí mismo, según su grado de madurez.
- g) *Firmeza.* Dominio de las propias reacciones y capacidad para encajar y superar las dificultades que sobrevienen. No ha de confundirse con frialdad, dureza o inflexibilidad, sino que supone calma, energía y entereza. Amar sin mendigar el cariño de los alumnos.

- h) *Paciencia*. Saber esperar, no exigiendo la satisfacción inmediata de todos nuestros deseos y objetivos. No cansarse nunca de estar empezando siempre que sea necesario, aprendiendo a sacar lecciones y propósitos de mejora tras el fracaso, el cansancio o la contrariedad.

6. SUPERAR EL DESALIENTO

A menudo se tiene la impresión de que se espera del educador que resuelva casi todos los problemas del tejido social, supliendo carencias familiares, sociales y políticas. Paradójicamente, la valoración social de la profesión docente parece haber bajado de forma notable, habiendo perdido en buena medida su tradicional estimación.

La estima propia del maestro o la maestra tampoco está siempre garantizada. No es de extrañar que las limitaciones y actitudes personales de los alumnos, la influencia de un entorno disolvente, una posible falta de entendimiento y colaboración entre los educadores, las propias limitaciones y contratiempos, la falta de correspondencia y de resultados palpables hagan caer en ocasiones a no pocos maestros, humanos al fin, en el desaliento.

Estamos ante la piedra de toque de la vocación docente y del compromiso educativo. Saint-Exupéry, en su libro ya citado, *El principito*, narra una elocuente experiencia de desaliento cuando el pequeño protagonista tropieza con un jardín rebosante de rosas, tan bellas o más que la que en otro tiempo llenó su vida: «Me creía rico con una flor única y no poseo más que una rosa ordinaria... Realmente no soy un gran príncipe».

Pero su amistoso encuentro con el zorro —ah, he aquí a un maestro— le revela que haber dedicado su atención y su vida a una flor no ha sido en balde, y convierte a esta en única e irrepetible. Por eso, se dirigirá luego a la multitud de las rosas diciendo: «Sois bellas, pero estáis vacías. No se puede morir por vosotras. Sin duda que un transeúnte común creerá que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras, puesto que ella es la rosa a quien he regado. Puesto que ella es la rosa a quien puse bajo un globo... Puesto que es ella la rosa a quien escuché quejarse, o alabarse, o aun, algunas veces, callarse. Puesto que ella es mi rosa».

Buena parte del secreto reside en aprender a mirar con otros ojos, con los ojos del corazón. Y a amar con un Amor más grande que nuestro amor, ya que

al cabo somos instrumentos y portadores del amor del Mejor de los Maestros. El secreto está en aspirar a convertir la propia vida en un don: nuestra preparación, nuestra actitud, nuestro tiempo... «El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante... Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa»¹⁰.

El cansancio de la voluntad no se presenta porque surjan los obstáculos, sino porque estos ocultan la meta a nuestra mirada, y porque nuestras mejores disposiciones tienen también su límite. Entonces es preciso recordar y reavivar el sentido de lo que estamos haciendo, mantener viva la conciencia de lo que se persigue y el valor de lo que se hace. Siempre nos queda el recurso a la fe en Dios y en todo ese bien que quisimos sembrar y repartir. Es también entonces cuando se aprecia el apoyo de compañeros que comparten las mismas inquietudes y experiencias de alegría y de cansancio y que, en lugar de acumular sus lamentos a los nuestros, conteniendo tal vez su propia necesidad de consuelo, nos recuerdan la humilde pero gran maravilla, el tesoro que encierra nuestra vocación de maestros.

Porque el verdadero maestro saben por experiencia propia dónde reside el *ethos* de su profesión de educadores: en que *todo lo que no se da se pierde*. Hace 2000 años un Maestro inigualable afirmaba —y así vivió— que nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por aquellos a los que ama.

¹⁰ SAINT-EXUPÉRY, A., *El principito*, México-Madrid, Alianza, 16.ª ed., 1980, cap. 21, p. 87.